

Comentario al trabajo «La transmisión de la experiencia clínica y el papel de la teoría clínica en psicoanálisis», de R. Bernardi



GUILLERMO BODNER¹

Agradezco al Comité Editorial de la revista de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU) la invitación para comentar el trabajo de Ricardo Bernardi que, como es habitual, nos ofrece una reflexión vasta y profunda sobre el tema de la formación de psicoanalistas. Me considero un «psicoanalista del exilio» porque después de mis primeros pasos en el Uruguay, me vi forzado a hacer mi formación en Barcelona. Con esto quiero señalar que mi experiencia formativa estuvo marcada por el *mestizaje* entre lo que aprendí de los maestros y del ambiente que entonces rodeaba la APU, y la adaptación a la nueva realidad del lugar de acogida.

Coincido con Bernardi en que el término *trasmisión* expresa de modo parcial la compleja experiencia de la formación psicoanalítica. La experiencia emocional del inconsciente y el conocimiento teórico de su estructura y sus funciones son dos pilares indisolubles del proceso formativo del/la psicoanalista. Es importante subrayar que se trata de dos ámbitos diferentes, que pierden sentido por separado. Son dos procesos con dinámicas propias, de aprendizaje y de experiencias, en los que se forja además

1 Psicoanalista didáctico y supervisor de la Sociedad Española de Psicoanálisis. gbodnerp@gmail.com

la identidad del analista. A partir de la adquisición del conocimiento teórico, la experiencia se constituye, se delimita y obtiene un significado.

En términos bíblicos, al ser expulsados del Paraíso, Adán y Eva solo sienten vergüenza de su desnudez, *después* de probar el fruto del árbol prohibido del conocimiento. Es el conocimiento lo que da forma y emoción a la experiencia. Siguiendo con el símil, vemos que llegamos al conocimiento al ser expulsados del paraíso de las ilusiones y al desobedecer la prohibición. En efecto, si la formación psicoanalítica requiere de la adquisición de conocimientos teóricos y del desarrollo de cualidades para la captación sensible de la dinámica emocional inconsciente, esto no se produce si no se acompaña del abandono de fantasías e ilusiones, así como de la reflexión crítica de lo que se recibe. Esto se relaciona con la advertencia de Bernardi de que, a veces, la repetición de lo instituido favorece una «educación psicoanalítica [...] de carácter conservador».

La formación psicoanalítica se inicia con fantasías e ilusiones tan inevitables como necesarias. El proceso formativo no es solo el aprendizaje teórico y la experiencia clínica, es además la elaboración de las fantasías e ilusiones, así como la necesaria rebeldía para que lo que recibimos, como nos recuerda Bernardi, llegue a ser nuestro. Todo esto, como es obvio, no implica solo procesos de incorporación, sino también la dinámica que contribuye a la formación de la identidad del futuro psicoanalista.

El autor nos recuerda que «lo transmitido por una institución puede enriquecer, pero también obstaculizar o distorsionar, el proceso personal de aprendizaje», con lo que nos sugiere que no solo se transmiten *contenidos*, sino también *estructuras* institucionales. Si estas son rígidas, los contenidos tienden a la concreción y no se transforman en objetos aptos para ligar con otros objetos para que surjan nuevos sentidos.

Bernardi nos recuerda el concepto de *hecho seleccionado* tomado por Bion de Poincaré. Si pensamos en la formación de psicoanalistas, el hecho seleccionado no nos muestra solo un objeto, sino relaciones entre objetos: si un observador no cualificado contempla de noche un cielo estrellado, deberá someter su mirada al conocimiento de una constelación, y a partir de esa conjunción podrá ver, aunque fugazmente, la figura. Este modo de percibir con incertidumbre, vislumbrar, descubrir ocurre con frecuencia en la sesión analítica, tan diferente de la visión cartesiana, *clara y distinta*.

Esta percepción, cargada de vacilaciones, señala una de las características de nuestra formación profesional: la capacidad de tolerar la fugacidad, la incertidumbre, como rasgo propio del saber del psicoanálisis.

Un paso importante en la desacralización de las teorías psicoanalíticas fue dado por J. Sandler (1983), cuando acuñó el concepto de *teorías implícitas*. Este trabajo puso de manifiesto, por un lado, la existencia ineludible de marcos de referencia teóricos, y por otro, la libertad del psicoanalista que, en su escucha o su interpretación, aplica modelos híbridos nutridos de diversas fuentes, en ocasiones no percibidas por el propio analista, pero requeridos por la conexión con lo que ocurre en la intimidad de la relación en la sesión con el paciente y su repercusión en el analista.

Hace muchos años tuve la oportunidad de visitar con otros colegas de la Sociedad Española de Psicoanálisis (SEP) al Prof. J. Sandler en el Anna Freud Center. Nos recibió junto con P. Fonagy y nos mostró cómo habían desarrollado la investigación que culminaría en el Hampstead Index (Sandler, 1962). Sus instrumentos no podían ser más sencillos, pues databan de una época anterior a los ordenadores. Disponían de papeles con historias clínicas manuscritas y una caja de lápices de colores. El trabajo consistía en buscar los mecanismos, procesos, impulsos, defensas descritos en una lista y marcar con un color diferente el trozo de la historia donde estos se manifestaban. El recuerdo de esta anécdota apoya la idea de Bernardi de que «el psicoanálisis se nutre de la investigación tanto clínica como extraclínica y conceptual». Por otro lado, expresa que la necesidad de investigar depende más del convencimiento de su utilidad que de la complejidad de los dispositivos.

Años más tarde, en el marco de la European Psychoanalytic Federation (EPF), tuve la oportunidad de participar en el grupo dirigido por David Tuckett sobre Métodos Clínicos Comparativos. Esa fue una experiencia de *investigación* con otros dispositivos. En grupos integrados por analistas de diferentes países, se presentaba un material clínico y la discusión posterior consistía en explicar las hipótesis sobre la teoría implícita que supuestamente estaba en la base de la escucha e interpretación del psicoanalista. Fue sin duda una experiencia muy enriquecedora, pues participaban colegas con marcos de referencia muy diferentes, pero unidos en el terreno común de la tarea grupal. Fruto de este trabajo es un libro editado años

más tarde (Tuckett, 2008). Esta experiencia recuerda la afirmación de Bernardi de que «el uso de múltiples perspectivas teóricas no significa que las teorías en sí sean integrables, sino que ellas alimentan las teorías implícitas y los modelos personales de cada analista».

La diferencia entre las teorías clínicas y las teorías metapsicológicas es otro de los aspectos importantes del trabajo que comentamos. Ambas son construcciones de diferente nivel de abstracción, a partir de vivencias compartidas con nuestros pacientes, pero que guardan una distancia del hecho clínico tal como se da en la sesión. Esta *distancia* no es un más allá ni tiene connotaciones místicas. Es el paso indispensable para el discernimiento que sostiene el pensar teórico. Considero que el manejo adecuado de esa distancia, la cercanía y el alejamiento son requisitos para la captación del inconsciente y de la comunicación eficaz con efectos terapéuticos.

La disposición del psicoanalista a admitir hechos nuevos que pongan en cuestión su manera de pensar es muy problemática porque, como señalamos antes, la intervención del analista, su interpretación formulada o solo pensada, está condicionada por sus conocimientos, pero también por su sentimiento de identidad y su pertenencia grupal. Esto es parte del proceso formativo que trasciende los aspectos curriculares y depende del funcionamiento yoico del analista. Los autores postkleinianos han denominado *emancipación del Yo* el proceso por el cual el Yo recupera funciones cedidas al Superyó, con las que amplía su autonomía respecto a las limitaciones autoritarias inconscientes.

Nuevamente nos encontramos con la cuestión de la *distancia*. Si estamos adheridos a nuestras hipótesis, podemos vivir los cuestionamientos como heridas narcisistas. Si estamos muy distanciados, quizás entremos en el terreno de las especulaciones racionales. Encontrar la distancia adecuada entre nuestro yo y nuestras conjeturas es un aspecto tan importante como difícil de la formación psicoanalítica, y que tal vez no se termina nunca, pues estamos siempre a la búsqueda del lugar adecuado.

La experiencia de los *working parties*, como los grupos de investigación de los tres niveles y otros modelos similares, aporta nuevas miradas y experiencias formativas. Si tenemos en cuenta, además, la extensa bibliografía que en las últimas décadas se ha ocupado de procesos desplegados en la transferencia (actuaciones, *enactments*, etc.), vemos que el campo

de la escucha, de la observación, de la atención psicoanalíticas está en permanente ampliación. Si entendemos que la formación psicoanalítica continúa después de la formación curricular, estaremos de acuerdo en que el estudio teórico, la práctica clínica, las supervisiones, la discusión grupal con colegas de otras orientaciones, todo esto forma parte, como lo sugiere el artículo de Ricardo Bernardi, de una *investigación interminable* como soporte enriquecedor del proceso formativo. ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Sandler, J. (1962). Research in Psycho-Analysis: The Hampstead Index as an instrument of psycho-analytic Research. *The International Journal of Psychoanalysis*, 43(4-5), 287-291.
- Sandler, J. (1983). Reflections on some relations between psychoanalytic concepts and psychoanalytic practice. *The International Journal of Psychoanalysis*, 64, 35-45
- Tuckett, D. (2008). *Psychoanalysis comparable & incomparable*. Routledge.